

...¡Hay mucho que ver en Bocairente!

IMPRESIONES DE NUESTRO SEGUNDO VIAJE 26 y 27 de marzo de 1971

No es la primera vez que venimos a Bocairente y espero que se cumpla mi deseo de que no sea la última; porque Bocairente se adentra en el corazón del visitante nada más llegar; es como un amor a primera vista, todo se conjuga aquí para que esto ocurra. Cuando aparece ante nosotros apiñado, recogido sobre sí mismo, con el remate colosal de su grandiosa iglesia, ya nos gana con su aspecto de fortaleza medieval. Sus casas se asoman temerariamente al vacío, edificadas sobre las altas rocas en un alarde de equilibrio inverosímil.

El viajero trae los ojos ahítos de belleza. Ha pasado por el serpenteante, enroscado puerto de la Ollería, desde cuya altura se domina una impresionante paisaje a dos vertientes, a dos comarcas diferenciadas en tierras y cultivos. A un lado, la verdeante exuberancia de naranjales, la lujuriosa vegetación de una huerta variada y ubérrima, las tierras rojas y negras, los pueblos que se proyectan unos hacia otros como si quisieran darse la mano. Al otro, tierras blanquecinas, verdes opacos de olivos y las pinceladas marrones de las viñas que aún no han presentado la primavera. Ha cruzado Onteniente, rico e industrial y ha gozado el regalo de un paisaje diferente, umbrío y fresco, un bravo cañón, por cuyo fondo el río va buscando la salida trabajosamente. La carretera lo acompaña entrando y saliendo, orillando los paredones rocosos. A la derecha el «Pou clar», que surte de agua a Onteniente y un poco más adelante otro desfiladero por donde se va a Fontanares.

Sí. El viajero trae los ojos ahítos de belleza y, sin embargo, Bocairente tiene el poder de sorprender y embelesar nada más verlo.

Desde el Monumento a la Manta, que se alza a la entrada del altivo puente que da acceso al pueblo, hasta «Les covetes d'els moros», que se pueden admirar desde «darrere Vila», pasando por sus limpias y bien pavimentadas calles, hay mucho que ver y admirar en Bocairente.

Pasear por el barrio medieval a la anochecida. Trepar por sus empinadas cuevas y zigzagueantes escaleras, talladas en la roca, es un deleite inigualable. Escuchar el silencio, admirar las piedras multiseculares que conservan huellas de distintas dominaciones, ibérica, visigótica, romana, árabe... Pararse a gozar con la contemplación de esos paradisíacos rincones donde se apiñan las macetas y que parecen pequeños bosquecillos encantados. Dejarse deslumbrar por la blancura de las paredes salpicadas del verde de las plantas que las adornan. Sentir devoción y ternura ante las humildes y diminutas ermitas de San Juan Bautista o de la «Mare de Déu D'agost». Son sensaciones que no se olvidan fácilmente y si a eso se añade que un cicerone de excepción, como es don Miguel Cantó, nuestro buen amigo Miguel, en ese valenciano culto, dulce y musical que se habla en Bocairente, nos va explicando, a media voz, para que no se asuste el silencio, costumbres, leyendas, tra-

diciones, milagros de San Vicente Ferrer que anduvo por estas tierras. Andanzas del poeta árabe Ibn Ru-haim... dichos de la gente que habita este barrio... «Mirad; por ejemplo: cuando ha nevado mucho, el tañer de las campanas de la iglesia desgranándose y saltando por estos recovecos, dicen que tiene sonido a «llibrell badat» porque la nieve amortigua su sonoridad. Los que vivimos en la parte moderna e industrial, no captamos estos matices. Ni siquiera oímos las campanas. Y aún van más lejos. Cuando doblan a un muerto distinguen si «Toquen a dona» o «Toquen a home.» Y el silencio impresionante que se produce en el mercado, que más bien es un zoco, en el momento de alzar a Dios, todo queda en suspenso para reanudar de golpe conversaciones, contratación, discusiones...».

Escuchándolo hubiéramos estado horas y horas... pero hay mucho que ver en Bocairente.

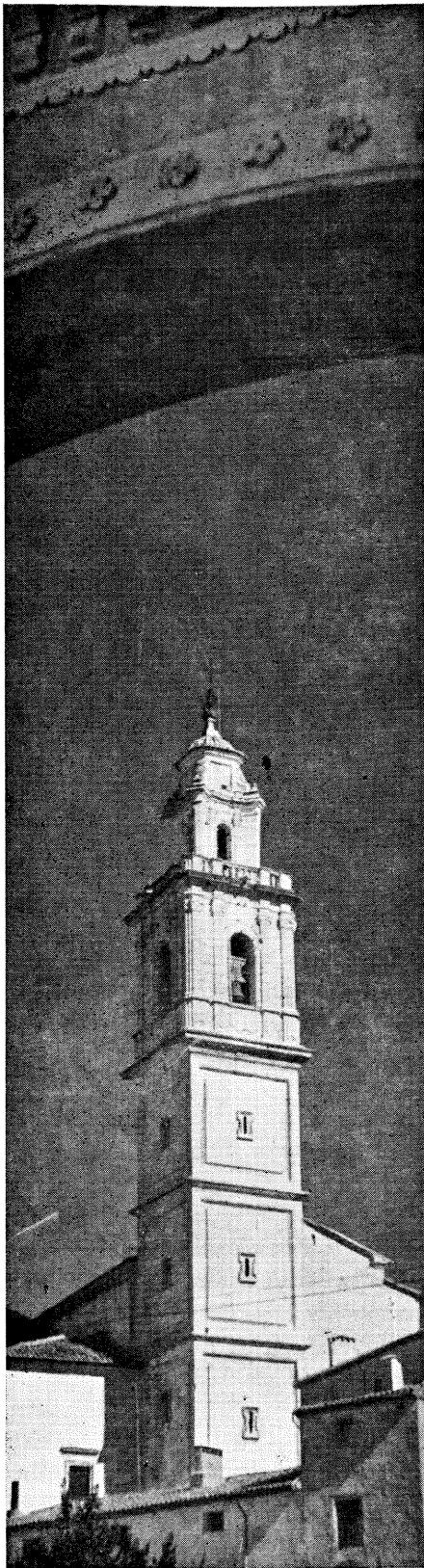
El museo Parroquial posee tesoros inapreciables. Un cáliz que perteneció a San Juan de Ribera, obra de Benvenuto Cellini. Tablas de Juan de Joanes, el Patrón «San Blas», pintado por Sorolla. Único lienzo religioso que realizó el pintor de la luz levantina. Obras de Ribalta, Segrelles, Benlliure... Una rica colección arqueológica, antiquísimos y valiosos retablos de azulejos...

Y el agua; el agua presente y viva en todas partes. En cada «plaçeta» recogida y silenciosa, en cada rincón, en cada rellano de las escalonadas callejas las fuentes ponen su sonido de plata y su refrescante silueta.

Y el misterio indescifrable de ese laberinto increíble y único que constituye el primer habitat bocairentino (las inapropiadamente denominadas «covetes d'els moros»), que al igual que las ciclópeas esculturas de la isla de Pascua, guardan celosamente el secreto de su origen

Hay mucho que ver en Bocairente. La plaza de toros es digna de una detenida visita. Está construida vaciando una colina rocosa y sus tendidos labrados a golpe de pico. Los chiqueros, los corrales, los bur-laderos, todo se ha hecho horadando y vaciando. Es única en el mundo y por la configuración montañosa del pueblo, se entra lo mismo a pie llano, desde una calle a lo alto de los graderíos, que desde otra a la puerta de cuadrillas.

Curioso y simpático Bocairente. Pero pese a tus encantos, con ser muchos, lo mejor que tienes son tus gentes. Sencillas, acogedoras, señoriales, amables... El pueblo bocairentino es el genuino **pueblo**; dando a esta palabra su acepción intrínseca que no tiene nada que ver con populacho o masa; más bien es la antítesis, ya que toda la herencia histórica, artística y artesana de que tan orgullosos nos sentimos, fue obra del pueblo; de ese pueblo que es músico, cantor y poeta; de ese pueblo que ha dado origen al riquísimo y variado folklore de nuestra Patria, a las más hermosas



tradiciones y a las fiestas más insólitas. De este pueblo, en fin, laborioso, activo trabajador, eficaz... Pues bien; Bocairente, sus gentes, son todo eso y mucho más. Gentes cultas, preparadas, con ingenio, con inquietudes. Gente despierta, viva, al día; con una conversación chispeante y amena.

Pero... ¿y la piscina? Cuando yo digo que hay mucho que ver en Bocairente... su propietario, el señor Vañó, con su amabilidad e hidalguía proverbiales, nos acompaña para que veamos las obras del «túnel, del tiempo», ya casi terminadas. Por su enclave en

un paisaje hermosísimo, por la originalidad de su construcción y el sabio aprovechamiento que se ha hecho de lo accidentado del terreno, resulta un lugar delicioso que brinda no sólo diversión y solaz, sino que constituye un motivo de contacto y comunicación entre gentes de todos los pueblos comarcanos, cumpliendo así una labor social encomiable.

No se puede, en unas impresiones a vuelo pluma, reflejar todos los matices, todas las virtudes de un pueblo que acoge con amor y noble señorío; tiene un pasado glorioso y apretujado de hazañas y un presente próspero, laborioso y esperanzador.

Hoy es día grande para la villa. Engalanada y alegre, recibe la visita del señor Arzobispo. El programa es apretado. Hay tanto que ver en Bocairente... Instituciones civiles y religiosas. Los «masets», hogar y cuartel de «les filaes», todos desean rendir pleitesía a tan alta jerarquía religiosa y él a todos trata de complacer. No quiere perderse nada.

Miguel, el insustituible Miguel, se desvive y multiplica por atender sus obligaciones oficiales y a la vez acompañarnos y agasajarnos. «En tus manos los dejo, Consuelito»...

Vé tranquilo, Miguel. Nos dejas en buenas manos. Ellas, las mujeres bocairentinas estímulo, apoyo y aliento, al igual que vosotros, saben, con sencilla elegancia, ejercer la hospitalidad y conseguir que el forastero no se sienta como tal, sino un hijo más de Bocairente.

—«¿Qué volen sopar?». —«Lo que usted quiera, Graçieta». —«Tinc uns sepionets de Santa Pola que encara es menechen». —«Bien, vaya por los sepionets; pero lo que queremos también, son sus famosas y riquísimas alcachofas a la plancha, y sobre todo que se siente aquí con nosotros y nos cuente cosas». —«Si no puc, estic asoles y demá tinc una boda».

Pero esta mujer trabajadora, activísima, simpática y alegre como pocas, encuentra siempre el momento para deleitarnos con su charla vivaz, fluída e ingeniosa. «...Cuan posarem la pastisería, ni el meu marit ni yo sabiem rés de fer pastisos y mos pasá cada una... Probarem a fer merengues y ¿qué podiem donarli el punt als hous? Tot el poble va menchar tortelletes...» «¿Que no li eix el gaspacho manchego? yo li explicaré com se fá y li donaré una herba que diem **pebrella** que si li posa un grapaet fa un gustet a serra que veu correr la llebre...» Y así, con esa gracia natural y espontánea, continúa embelesándonos y contándonos sus aventuras. Los principios de la pastelería, hoy famosa hasta en Alcoy. Los principios del hotel, hoy acreditado. Todo va adelante y lo que se proponga esta mujer excepcional prosperará, porque en su carácter y en su familia se encuentran los ingredientes necesarios para que esto ocurra.

A Bocairente, a nuestros entrañables amigos de allí nunca les podremos decir un adiós definitivo, siempre queda en el aire la esperanza de volver a la primera ocasión. —«Tenéis que venir en el verano. Iremos a nadar a la piscina y a la cueva de la «Sarsa» y al Santísimo Cristo y al Montcabrer». —Sí, sí, aún nos queda mucho por ver en Bocairente.

*Aurova Rios y
Juan Bta. Mitjavila Sanchis*